

Mascarones de proa. Expresiones del arte mariner

Marcelino González Fernández

Capitán de navío (r)

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Arte Militar

En épocas pasadas y en muchos lugares, era impensable que la proa de un barco no estuviera decorada con una figura más o menos sofisticada; una figura que al apuntar al horizonte parecía servir de guía al buque en sus navegaciones. Era el mascarón de proa; una escultura de madera en la mayoría de los casos; una expresión del arte mariner situada en el beque de los galeones, en el tajamar de los navíos y fragatas, en el espolón de las galeras, en lo alto del caperol de embarcaciones menores o bajo el bauprés de barcos más modernos.



Ilustración 1.- Mascarón de proa de la corbeta *Blanca Aurora* (Fotografía: Marcelino González)

El mascarón es tan viejo como los barcos y la navegación, nació con ellos, y adoptó unos motivos y formas que fueron cambiando con el tiempo, el lugar, las tradiciones, el nivel cultural, las creencias religiosas, el folclore, el poder adquisitivo y muchas otras circunstancias. Seguramente en un principio tuvo un sentido totémico, para espantar los males que el buque se pudiera encontrar en sus navegaciones. A veces tuvo un significado puramente religioso. También fue un amuleto de la buena suerte, un elemento para asustar a otros, una muestra del estatus del armador o un simple adorno; en ocasiones, una representación del personaje que daba nombre al barco, o un retrato del armador o de algún miembro de su familia, como es el caso del bello mascarón de proa de la corbeta *Blanca Aurora*, construida en Lloret de Mar en 1848, conservado en el Museo Marítimo de Barcelona, que representa a María, hija del capitán y armador Silvestre Parés (Ilustración 1).

Por todas estas razones, hubo gran cantidad de modelos de mascarones de proa, en los que se mezcló el arte, la tradición, la religión, la belleza, lo divino, lo humano, la fantasía, lo grotesco y la superstición, adoptando muy variadas formas: figuras mitológicas, guerreros, santos, retratos, sirenas, animales reales o imaginarios, escudos de armas, matronas, flores, elementos vegetales, amplios grupos escultóricos y objetos de todo tipo.

A lo largo de la historia, todas las civilizaciones han decorado las proas de sus barcos. Algunos documentos muestran que hace 5.000 años se utilizaban cráneos y cuernos. Los fenicios solían poner figuras estilizadas de animales. Los egipcios mostraban una flor de loto en las embarcaciones de recreo y la cabeza de un león en los barcos de guerra, aunque también podía recurrir a otros animales. Normalmente, los griegos pintaban signos y símbolos, y los romanos utilizaban variadas decoraciones. Y todos ellos, lo mismo que los chinos, solían pintar ojos en las amuras de sus barcos para que pudieran avisarles de los peligros que acechaban por la proa; costumbre que fue seguida por otros pueblos del Mediterráneo, y llegó a nuestros días sobre todo en embarcaciones menores, como las jábegas malagueñas.



Ilustración 2.- Mascarón con la forma de un león engallado y coronado. (Acuarela: Marcelino González)

En la Edad Media se usaron serpientes, dragones y animales fabulosos. Los vikingos utilizaron figuras fantásticas, como cabezas de dragones, para infundir terror, aunque también recurrieron a volutas con fines decorativos. Durante los siglos XV y XVI, las principales decoraciones aparecieron en las popas, mientras las proas quedaron un tanto olvidadas, y salvo excepciones, los mascarones aparecieron solo en algunos espolones de galeras. El resurgir de los mascarones de proa se produjo en el siglo XVII, debido entre otras cosas a los perfeccionamientos técnicos de los buques de la época, que presentaban líneas estilizadas para mejorar su comportamiento en la mar, con el alzado de sus proas que permitió el uso de los mascarones como los conocemos hoy.

En el siglo XVIII, en muchos buques de guerra, entre los que estaban los españoles, por razones prácticas y económicas, fue bastante común la figura de un león engallado y coronado (Ilustración 2), como símbolo de fuerza, valor y fiereza, aunque hubo muchos buques de guerra que llevaron representaciones muy

complicadas, aparatosas y caras, de dioses, guerreros, santos, etc. En esta época, en barcos de guerra españoles el mascarón también podía ser un escudo, como fue el caso del conservado en el Museo Naval de Madrid, que perteneció a la fragata de vela y hélice *Villa de Madrid*, construida en la Carraca (Cádiz) y entregada en 1863; representa el escudo de Madrid con el oso y el madroño (Ilustración 3).

El mascarón también tuvo eco en los buques mercantes, que en el siglo XVIII llegaron a mostrar en sus proas mascarones con todas las formas y motivos inimaginables dentro de una gran libertad de expresión.



Ilustración 3.- Mascarón de proa de la fragata española de guerra, vela y hélice, *Villa de Madrid*. (Museo Naval de Madrid)

En el siglo XIX, el mayor lanzamiento de la proa y del bauprés hicieron que los mascarones adoptaran una posición muy inclinada y grácil, como si fueran volando sobre las olas para abrir paso a los barcos en su andar. Pero en este siglo también apareció el vapor y la propulsión mecánica, y el metal empezó a sustituir a la madera en los cascos, con lo que a lo largo del siglo las formas cambiaron, y aunque con frecuencia se siguieron utilizando mascarones, que a veces eran metálicos, las complicadas maniobras de puerto, los golpes de mar, y las proas cada vez más rectas, convirtieron a aquellos mascarones en unos estorbos y unas fuentes de problemas y averías, que los llevaron a la desaparición o a su sustitución por pequeños elementos decorativos.

A partir del siglo XX los mascarones solo aparecen en grandes veleros, muchos de ellos activos en la actualidad. Un ejemplo es el mascarón del buque escuela de la Armada española *Juan Sebastián de Elcano*, construido en Cádiz y entregado en 1928; representa a una matrona coronada que para unos es



Ilustración 4.- Mascarón de proa del buque escuela de la Armada española *Juan Sebastián de Elcano*. (Museo Naval de Madrid)

España y para otros Minerva (Ilustración 4). El Museo Naval de Madrid, conserva el que fue el segundo mascarón de dicho barco. Otro ejemplo de mascarón actual es el del buque escuela a vela noruego *Christian Radich*, construido en Sandefjord (Noruega) y botado en 1937; representa a una joven bajo el bauprés del barco (Ilustración 5).

Los mascarones podían estar realizados de forma exquisita, o ser claros ejemplos de la ordinariez y el mal gusto. Hubo mascarones que fueron verdaderas obras de arte realizadas por experimentados escultores, mientras otros solo eran toscas tallas realizadas por carpinteros de ribera con más voluntad que arte. A veces ocurría que, si una obra escultórica recién terminada reunía las suficientes cualidades artísticas, se destinaba a un palacio, al altar de una iglesia o a un paso procesional, pero si el resultado era mediocre iba a parar a la proa de un velero.

Cuando se construía un buque, su mascarón solía ser dorado, barnizado, pintado de blanco o policromado por profesionales, que le aplicaban colores más o menos acertados para realzar su figura. Pero a bordo, el mascarón pasaba por todo tipo de vicisitudes en que se veía envuelto su barco: maniobras, combates, embestidas, colisiones, golpes de mar, carcoma o el simple paso del tiempo, lo que obligaba a aplicarle reparaciones y retoques para subsanar los continuos daños y desperfectos sufridos. Los repintes eran realizados por marineros, gentes rudas y sin conocimientos artísticos, que al “restaurar” una casta Susana, por poner un ejemplo, pintaban su pelo de amarillo, los labios de un

es que aquellas gentes, además de no tener nociones de pintura artística, aplicaban el canon de belleza que conocían a través de sus amores de pago en los puertos que visitaban.



Ilustración 5.- Mascarón de proa del buque escuela a vela noruego *Christian Radich*. (Fotografía: Marcelino González)

Hoy los mascarones son piezas muy buscadas por los coleccionistas de antigüedades, lo que ha dado lugar a cierta picaresca. Por eso, si alguien está interesado en adquirir un mascarón de proa, es conveniente que compruebe que no se trata de una imagen procedente del desguace de un altar de iglesia - que puede tener su valor, pero no es un mascarón -, o que se asegure de que no es una figura procedente del desbarate de un tiovivo o de una barraca de feria - que puede ser peor-.

Los mascarones de proa han sido expresiones nómadas del arte, esculturas marineras hechas para viajar que hoy reposan en el recuerdo o en el fondo del mar, yacen olvidados en algún almacén o trastero, se exhiben en museos, decoran

escuelas navales y de náutica, saludan a clientes de bares de puerto y tiendas de efectos navales, o están en colecciones privadas.

Como cosa curiosa, hay que tener presente que en otros tiempos el mascarón de proa era un buen complemento a la hora de hablar de un determinado buque, a veces indispensable, porque con frecuencia, para identificar un barco, además de su nombre o de su silueta, también era de gran ayuda su mascarón de proa; era como su firma o su carnet de identidad. Y es que muchas veces el buque era más conocido por el nombre de su mascarón que por el suyo propio.